

NOTAS BIBLIOGRAFICAS

Biografías de La élite intelectual en México*

CARLOS ORNELAS**

Lo que algunos autores llaman la ciencia social de Occidente o neopositivismo, está haciendo de la historia y el análisis político un ejercicio de estadística en la academia dominante en los Estados Unidos. Se considera científico aquello que tiene suficiente información que pueda ser catalogada y sujeta a tratamiento por medio de una computadora. La reflexión filosófica y las inferencias con base en el razonamiento están dejando su lugar a los tests empíricos, a la "diferencia significativa" y al "análisis de variables estándares."

Parece que el libro de Roderic A. Camp, *Intellectuals and the State in Twentieth-Century Mexico* (Los intelectuales y el Estado en el México del Siglo Veinte), se encuentra a la mitad del camino entre el empirismo y la especulación lógicos. El libro es impresionante si se toma en cuenta la cantidad de trabajo invertida, la investigación de campo realizada y el monto de la información recabada. Pero en su conjunto, el texto no ofrece explicaciones convincentes sobre el papel de los intelectuales en el México contemporáneo. Es más, deja de lado muchos aspectos importantes por concentrarse en los intelectuales que Camp domina de élite.

El recoger información con datos biográficos, antecedentes familiares, relaciones políticas, lugar de nacimiento, escuelas y universidades donde estudiaron, academias y círculos a los que pertenecen y otros datos relevantes de cerca de

350 intelectuales mexicanos reconocidos, es una labor titánica que hay que destacar. Sin duda Camp tiene razón cuando afirma que nadie ha realizado una tarea similar. Con ese banco de datos y otros más con información parecida de cerca de mil 500 políticos destacados del presente siglo.¹ Camp se dedica a desarrollar un esquema de presentación que sigue los cánones de la teoría de la cultura política, desarrollada sistemáticamente por Almond y Verba a principios de la década de los años setenta.²

Camp es un destacado estudioso estadounidense de la vida mexicana y muy conocido en ciertos círculos mexicanos. Su producción es abundante y es citada con frecuencia en la bibliografía reciente sobre México. Además casi es seguro que este libro será traducido y publicado en México y tal vez será fuente de información obligada para los académicos que gustan de este tipo de investigaciones. Y quizá en breve sirva de modelo para algunos escritores mexicanos. Este, por supuesto, es uno de los propósitos explícitos del texto. Por las razones anteriores conviene comentarlo y sujetarlo a revisión sistemática.

En contraste con su libro anterior, en éste Camp no se detiene a explicar sus categorías ana-

¹ Datos que fueron utilizados para producir otro texto, *La formación de un gobernante: la socialización de los líderes políticos en (el) México post-revolucionario* (México: Fondo de Cultura Económica, 1981) y una serie de ensayos y artículos publicados en revistas especializadas en los ocho últimos años.

² Almond, Gabriel A. y Verba Sidney. *The civic culture: political attitudes and democracy in five nations* (Princeton: Princeton University Press, 1963). En esta teoría, la noción de cultura política es la piedra angular de la construcción analítica. Pero el concepto es reducido a estructuras y funciones: estructuras de gobierno, de socialización (escuelas, familia, medios de comunicación, credo religioso, etcétera) y a las funciones que realizan en la sociedad cada una de estas estructuras. Se supone que hay una tendencia general hacia la modernización de la vida institucional, siguiendo la línea de las sociedades industriales contemporáneas, particularmente la de los Estados Unidos. Con ese grado de generalidad se patrocinaron innumerables estudios que seguían al pie de la letra el espíritu y hasta el orden de presentación sugerido por los padres de la teoría. Camp no es necesariamente un alumno ortodoxo, pero conserva el esquema inicial de presentación y los supuestos fundamentales de la teoría.

* Camp, Roderic A. *Intellectuals and the State in Twentieth-Century Mexico* (Austin: University of Texas Press, 1986), 279 pp.

** Profesor del departamento de Educación y Comunicación de la Universidad Autónoma Metropolitana-Xochimilco.

líticas generales. Da por sentado que son aceptadas por consenso y, en consecuencia, que no está obligado a convencer de lo acertado de su enfoque. En el presente texto, Camp se propone analizar la vida intelectual, no las ideas de los intelectuales. En otras palabras: está interesado en saber quiénes (y cuántos) son los intelectuales importantes en México; cuál es su función; cuáles son las influencias intelectuales que reciben del extranjero; sus lazos familiares; dónde estudieron; las carreras que eligieron; quiénes fueron sus mentores; los círculos académicos e institucionales a los que están afiliados y el papel que éstos juegan como agencias de reclutamiento de nuevos intelectuales.

Para cumplir su propósito, Camp trabaja cuidadosamente los conceptos clave de este libro. Luego de repasar brevemente varios textos sobre los intelectuales, escritos todos desde una perspectiva funcionalista (con excepción tal vez de los de Alvin Gouldner y Edward Shils, que rompen con la ortodoxia),³ adopta una definición *ad-hoc* para sus propósitos, al seguir las pautas trazadas por Charles Kadushin en su libro sobre los intelectuales norteamericanos.⁴ Vale la pena citar aquí la definición completa, porque es clave en



³ Ver: Gouldner, Alvin. *The future of intellectuals and the rise of the new class* (New York: Seabury Press, 1979). Hay edición en Español; y Shils Edward, *The intellectuals and the powers and other essays* (Chicago: The University of Chicago Press, 1972).

⁴ Kadushin, Charles. *American intellectual elite* (Boston: Little, Brown, 1974). De acuerdo a las referencias de Camp, este texto parece ser la quintaesencia del empirismo.

la construcción del libro: "Un intelectual —señala el autor— es un individuo que crea, analiza o presenta símbolos, valores, ideas e interpretaciones trascendentes con regularidad a un gran auditorio." (p. 38). Además, los intelectuales mexicanos deben llenar cinco características para ser catalogados como tales: 1) usar el intelecto como medio de vida, 2) buscar la verdad, 3) poner énfasis en las humanidades, 4) ser creativo, y 5) poseer una postura crítica.

Por otra parte, contrariamente a la tradición europea, Camp considera a la *intelligentsia* como anti-intelectual. Para él la *Intelligentsia* parece ser un conjunto heterogéneo de académicos y profesionales cuyo conocimiento es restringido, tal vez especializado y que son incapaces de concebir grandes ideas. En otras palabras, Camp equipara a la *intelligentsia* con los tecnócratas.

A partir de estas consideraciones analíticas, Camp se dedicó a seleccionar a los intelectuales de élite.⁵ La lógica de su libro es contundente y no se presta a interpretaciones. Proporciona números y porcentajes en torno a los intelectuales mexicanos destacados que estudiaron en el extranjero, sus profesiones, los puestos públicos que han ocupado, premios y distinciones que han recibido o se han ganado, y las publicaciones periódicas en donde dan a conocer sus ideas. También aporta cuadros que resumen la información respecto de los lugares de nacimiento y de lo que los científicos sociales estadounidenses denominan SES (*socio-economic status*: estatus socio económico), como aproximación empírica a la noción de clase social. Ésta, incidentalmente, es concebida de manera convencional: alta, me-

⁵ Infortunadamente, en ningún momento Camp presenta la lista completa de los intelectuales seleccionados. Pero en las tablas 3 y 4 (pp. 43 y 46) proporciona los nombres de los que supongo son la élite de la élite. En la 3 aparecen los intelectuales seleccionados como tales por otros intelectuales y en la 4, los intelectuales seleccionados por figuras públicas, principalmente políticos. Es notable que en ninguna de las tablas aparezca el nombre de alguna mujer como intelectual de élite. Si Camp se considerara a sí mismo un investigador riguroso, se hubiera preguntado por qué los entrevistados no seleccionaron mujeres para su lista. Es más, se hubiera cuestionado la validez o confiabilidad de sus instrumentos. Pero sospecho que el instrumento y el método de selección de los intelectuales estaba viciado de principio. Por ejemplo, en la Tabla 3 sólo se menciona a cinco mujeres de un total de 41 personas entrevistadas y en la Tabla 4 únicamente aparece el nombre de Rosa Luz Alegría como entrevistada, en contraste con los nombres de 20 políticos. Estoy convencido de que en México hay muchas mujeres que reúnen todas las características que Camp propone para ser intelectuales notables (no proporciono sus nombres por temor a que la memoria me traicione y deje fuera de mi lista a más de una intelectual de primera línea).

día y baja, con ciertas graduaciones intermedias, como clase media alta, media media, etcétera.

Los *findings* de la investigación de Camp no serán sorprendentes para un lector mexicano más o menos informado. Por ejemplo, Camp descubre que la mayoría de los intelectuales de élite viven en la Ciudad de México; que en menor proporción pero en porcentajes significativos, estudiaron en la Universidad Nacional Autónoma de México y en la Escuela Nacional Preparatoria; que poco menos de la mitad de ellos han ocupado algún puesto público de importancia y que algunos hasta han sido rectores de la Universidad Nacional. Camp encontró que la mayoría de los intelectuales pertenecen a la llamada clase media. También describe las afiliaciones de los intelectuales a ciertos círculos. En la actualidad, según Camp, los intelectuales más destacados están afiliados o son relativamente cercanos a los líderes culturales, Octavio Paz y Carlos Monsiváis, con alguno que otro intelectual que se lleva bien con ambos grupos. Cada círculo con su ámbito de influencia y publicaciones. El grupo de Paz asociado a *Vuelta* y el de Monsiváis a *Nexus*.

Al final, en contraste con lo que el título del libro sugiere, Camp dedica un pequeño capítulo y proporciones menores de sus conclusiones, a analizar las relaciones entre el gobierno (no el Estado) y los intelectuales. Antes había señalado con cierta perspicacia las trabas que muchos intelectuales sufren, particularmente la censura, sea ésta del gobierno, de los dueños de los medios donde trabajan, o la propia, para no poner en peligro su futuro.

Al evaluar el libro de Camp pienso que cumple con sus propósitos. Proporciona una visión más o menos amplia de lo que él denomina el ámbito de la vida intelectual, es decir, datos tales como que numerosos intelectuales tienen orígenes familiares similares, pertenecen a los mismos estratos sociales, están afiliados a ciertas instituciones, etcétera. Pero no desarrolla ideas profundas sobre las condiciones sociales que permiten que sólo un puñado de ellos sean de élite, ni tampoco del ambiente social o el clima político conflictivo en que los intelectuales mexicanos viven y actúan, aunque debo reconocer que está muy bien logrado el esbozo de la cultura política que Camp trazó al principio de su obra.

El libro toca a cientos de intelectuales que han influido en la vida de México. Sin embargo, en sus páginas no hay un sentido de la historia. El texto parece más un compendio de información elegantemente arreglada que un ensayo de ciencia política. Es más, ni siquiera aparecen los nombres de los 337 intelectuales que componen su muestra.

En *Intellectuals and the State in Twentieth-Century Mexico*, nunca son claros la pasión, los

sueños, las aspiraciones, los enojos y hasta el fanatismo de muchos intelectuales. Estos, pienso, al igual que el resto de los animales políticos, luchan por posiciones de poder y prestigio en el seno de las universidades u otras instituciones, o en la burocracia estatal. En lugar de explotar biografías y casos de estudio que pudieran decir mucho,⁶ el libro se reduce a números, a tablas estadísticas y a notas a pie de página de intelectuales notables (y, para muchos, venerables). Uno se pregunta si vale la pena reunir y manejar tanta información para acceder a tan poca comprensión de un fenómeno mucho más complejo de los que el análisis empírico puede ofrecer.

Finalmente, por el pesado acento en el análisis cuantitativo, por el desmesurado afán de medir todo y por uso de la jerga empirista, se puede desafiar la afirmación de Camp en el sentido de que su enfoque es humanista (p. 11). En el campo de las humanidades (y tal vez en el de las ideas en general) si bien es cierto que la reflexión y la especulación filosóficas se hacen con base en observaciones de la realidad, estas observaciones nunca son sustitutos del razonamiento. Pienso que el conjunto de la vida intelectual de México no se reduce a la suma de sus miembros —mejor dicho de algunos de ellos, tal vez los más relevantes— o al promedio de sus actividades, como Camp propone en su libro. Hay factores muy complejos que el análisis estadístico más riguroso es incapaz de percibir. Por ejemplo, los temores o la soberbia y las ambiciones humanas, los que no son mensurables y a los que difícilmente se les puede encontrar su desviación estandar ya que no existen para la ciencia social neopositivista. En tal virtud resulta legítimo preguntarme si la neopositivista es realmente una ciencia.

⁶ Camp cita un ensayo biográfico que escribió sobre Agustín Yáñez. Sin embargo, hasta el momento de redactar estas líneas no he podido conseguir una copia del mismo. De manera que dejo la conjetura de que tal vez resulte más valioso que un análisis estadístico de muchos intelectuales.

